

# CERCA DE MEDIO MILLON COSTARA RESTAURAR LA CATEDRAL HABANERA

por EDUARDO MUÑOZ

A plaza de la Catedral guarda, como ningún otro lugar de La Habana, el suave y fragante perfume colonial. Siempre que llega a ella, a través de las estrechas calles que la circundan, el pensamiento se me va lejos,



Martínez Márquez

a las distantes ciudades de la España del sur, también bañadas de sol, de ingenio, de luminosidad trigueña y radiante. Cualquiera que conozca la Andalucía del mar, la Andalucía baja que desde las estribaciones de la Sierra Morena llega a las marismas mediterráneas y atlánticas, pensaría que se encuentra en una escondida plazoleta de Sevilla, en un rincón de Helva o en una ciudad cualquiera del campo de Gibraltar. Tal es la semejanza increíble de este pequeño y maravilloso rincón de

La Habana Vieja.

Hoy, desde lejos, escucho el ruido de las piqueta que golpean las piedras multiseculares y advierto que un blanco polvo fino y sutil parece llenarlo todo. Es que a la catedral de La Habana la están remozando, la están restaurando.

Eso es lo que vengo a investigar esta mañana. ¿Cómo va a realizarse la obra embellecedora que hará perdurar uno de los más hermosos monumentos de la América durante unas centurias más? ¿Quién lo hace y cómo se hace?

## EN VOZ BAJA

Al principio mi imaginación siempre despierta cree estar viviendo algún episodio revolucionario. La iglesia está muy lejos de parecer lo que es.

Llena de andamios por los cuatro costados, repleta de activos y laboriosos trabajadores, con sus altares ocultos para que las imágenes no se deterioren, apenas si puede uno hacerse a la idea de que se halla en un templo de la religión católica. Únicamente, hay un detalle que inmediatamente anoto. Los obreros no conversan entre sí, no se piden herramientas ni se cursan órdenes con el tono agudo y sonoro tan habitual en el pueblo cubano como en el español. Españoles y cubanos tenemos la desgracia de hablar duro. Pero aquí, la inventada costumbre racial parece completamente perdida. A pesar de que la catedral está, como digo antes, muy lejos de parecer una iglesia, los operarios que la restauran y embellecen conversan en tono menor, calladamente, suavemente, sin olvidar ni por un instante el debido respeto al lugar en que nos encontramos todos...

237

Saltando entre carcomidas maderas y bloques de viejísima piedra que llenan los suelos, el arquitecto Cristóbal Martínez Márquez viene hacia mí con la mano extendida en salud cordial. Sabe la finalidad de mi visita y está dispuesto a someterse a las exigencias del periodista. No en balde él es hermano de un distinguidísimo compañero en la profesión.

## EL ALMA DE LAS COSAS

Lo que más me interesa y me apresuro a decirselo es conocer el espíritu que dominará en la restauración de la catedral de La Habana. No vale tanto, a mi juicio, la obra en sí, las dificultades técnicas de todo orden que habrá que vencer y que su juvenil capacidad sabrá superar fácilmente, como la importancia extraordinaria del espíritu de la remoción que se realiza. Una obra de restauración es más propia de un arqueólogo que de un arquitecto porque tanto como la parte arquitectural del edificio cuya rehabilitación se pretende lo necesario, lo verdaderamente básico es, en mi opinión, saber mantener en el edificio a restaurar, el alma, la entraña, lo que su autor o autores pretendieron y lograron que fuese. Nada hay más desconcertante y absurdo —y quienes han recorrido el mundo lo saben bien— que esas desdichadas restauraciones plegadas de anacronismos, de falsedades en las que la obra objeto de la remoción pueda quedar incluso más bella, desde un punto de vista arquitectural pero perdiendo absolutamente su espíritu, su significación de época y de estilo, su gracia, por así llamarla.

Al oírme, el arquitecto Martínez Márquez sonríe asintiendo con un enérgico gesto de cabeza:

—Desde luego —me dice— Lo fundamental en obras como ésta es saber mantener su propia alma.

## REMOCION Y IRADICION

Luego me va explicando, mientras recorremos las inmensas naves plegadas ahora de materiales de derribo y de obreros afanosos:

—La Catedral de La Habana no fue construida de una vez, por así decirlo, sino que una pequeña edificación inicial, apropiada a una ciudad que tenía entonces sólo unos cientos miles de almas, se fue luego ensanchando y extendiendo con diversos criterios arquitectónicos y de acuerdo con las posibilidades técnicas de las diferentes épocas.

Hace una pausa y me señala dos grandes y airoas columnas que bajo su orden han sido reforzadas, por procedimientos modernísimos, para poder abrir amplios arcos laterales que llenan la iglesia de luz.

—¿Ve usted —me indico— De esa forma, la catedral sin perder el espíritu y el estilo de su construcción-barroco español del siglo XVIII —logra ahora un espacio y una luminosidad que sus constructores primitivos no pudieron darle. También han salido a luz, bajo su

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORICISMO DE LA HABANA



2)

238

dirección experta, unos maravillosos capiteles, de gracioso y airoso dibujo que formaban el arco de las ventanas y que posteriormente habían sido tapados con un criterio absurdo. Ahora, merced a los trabajos que se realizan, la catedral recobrará su primitiva fisonomía, las características que le son propias, sin menoscabo de la modernidad arquitectónica, que permite alardes técnicos con los que no pudieron soñar sus constructores.

#### EL ESPIRITU DE LA CATEDRAL

—Para realizar este trabajo —me explica Martínez Márquez— estudié honda y amorosamente la Catedral. He pasado muchas horas, largos días, analizando su edificación, imbuyéndome, por así decirlo, en el espíritu artístico de la época y de los hombres que la dieron vida. Sólo así he podido lograr lo que verá el pueblo de La Habana cuando estos trabajos queden definitivamente terminados.

Hemos salido maravilloso patio inmediato —un patio también de típico estilo español— en el que el arquitecto Martínez Márquez va a realizar modificaciones fundamentales. Hay que tener en cuenta que en los claustros de ese patio, edificio anejo a la iglesia, se instalará el Arzobispado, sus dependencias, las oficinas de la Catedral y un seminario menor. Allí va a ser construida una gran escalera monumental de dos ramas, que se unirán en una plataforma, para abrirse nuevamente en dos:

—¿Y cuando terminarán las obras?  
—insisto.

—Dentro de ocho o diez meses, trabajando con vigor como hasta ahora.

Luego me dice que no ha tenido dificultades de ningún género para realizar los trabajos que le han sido encomendados. Su proyecto, producto del largo estudio y del detenido análisis a que antes nos hemos referido, fué aprobado por la Junta Nacional de Arqueología, después de que el arquitecto Martínez Márquez hubo expuesto ante sus miembros detalladamente la dirección ideal que se proponía imprimir a las obras.

—Desde entonces —me dice— los miembros de dicha Junta han visitado algunas veces la Catedral y me honro en declarar que siempre he recibido su aprobación ante lo hecho y su felicitación calurosa.

También elogia ante mí, con frases calurosas, repletas de admiración sentida a Su Ilustrísima el Cardenal Manuel Arteaga, cuyo noble empeño en la restauración de la Catedral ha hecho posible la magnífica realidad que hoy están contemplando mis ojos.

—Antes me preguntó usted— termina diciendo el arquitecto Martínez Márquez si hay dificultades. No he hablado de las económicas porque el Cardenal Arteaga lucha valientemente por superarlas, pero existen y en alto grado. ¡Figúrese que el Gobierno sólo ha contribuido a estos trabajos con doscientos mil pesos y que su costo total excederá de los quinientos mil!

\* \* \*

De medio millón a tres cuartos de millón de pesos fluctuará el costo de estos trabajos de remozamiento. Falta hace que el Estado cubano acuda a colaborar con el espíritu magnífico de la más alta autoridad religiosa de la República para hacer posible una obra que en fin de cuentas será de todos porque la catedral, con su maravillosa plaza llena de evocaciones, pertenece íntegramente al pueblo en su categoría de monumento nacional.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL PRESERVADOR  
DE LA HABANA

*Siglo, junio 19/89*